



Sociedad en transformación.

Reinhard Kühnl

Decía Bertol Brecht que “pensar es algo que sigue a las dificultades y que precede a la acción”. El título de estas páginas es “Sociedad en transformación”. ¿Qué es lo que se está transformando? ¿Qué es lo que se está abriendo paso? ¿Qué dimensión, qué alcance, qué profundidad tienen las transformaciones en curso? ¿Acaso se trata de un “cambio de época? ¿Qué época toca a su fin? Evidentemente, se hace referencia a una pluralidad de cuestiones cuando se habla de “transformaciones sociales”. En mi opinión, se pueden distinguir tres dimensiones.

Una curiosa contradicción

Empiezo con lo que salta a la vista y que, sin embargo, implica una curiosa contradicción. A saber: nunca antes en nuestro país (lo mismo que en otros países industriales avanzados) había existido tal grado de bienestar material, de posibilidades de consumo y de apoyos sociales generadores de seguridad para sectores tan amplios de la población. Nunca antes habían existido, asimismo, niveles semejantes de formación y cualificación, de preparación cultural de amplias mayorías. Y nunca antes han existido niveles como los actuales de atención de salud y de recursos sanitarios, tan grandes posibilidades de llegar a edades avanzadas manteniendo la salud. Bien podrá decirse de todo esto que es el progreso. Éste es un aspecto.

Simultáneamente, empero, no se constata una satisfacción generalizada. Antes al contrario: proliferan los miedos a potenciales ame-

*Nunca antes
había existido
tal grado de
bienestar
material. Sin
embargo, no se
constata una
satisfacción
generalizada*

*Artículo publicado en el
nº 50 de la revista *Debats*,
Valencia, Dic. de 1994.

nazas y al futuro, crece la agresividad y brutalidad. Aumentan el nacionalismo y la xenofobia.

La contradicción es patente, pero no parece que se pueda resolver fácilmente. Habría que señalar que precisamente en los últimos años, a consecuencia de la crisis económica y de la política de desregulación, aumenta el paro masivo y desaparece para muchos la seguridad ligada a los recursos sociales. Proliferan las relaciones laborales basadas en la precariedad. Y todos los pronósticos resultan sombríos. Sólo un tercio de los trabajadores considera seguro su puesto de trabajo. Está claro, en estas condiciones, que aumenta el miedo por la propia posición social y, a la vez, aumenta la disposición a prestar oídos a aquellos mensajes políticos que afirman conocer con precisión quiénes son los culpables y también las soluciones. A eso hay que añadir los “costes sociales de la unidad” y luego también las crisis y guerras en Yugoslavia y otras regiones, con su correlato de un número creciente de refugiados y migrantes. ¿No son éstas amenazas directas a la posición social alcanzada por los alemanes?

La disolución de los vínculos y entornos tradicionales arranca a los individuos de formas de vida de gran arraigo

Podría hacerse referencia a otros aspectos de lo que se tiene presente, en general, cuando se habla de “sociedad en transformación”: los mecanismos de la reproducción material de la sociedad están sujetos a cambios de fondo y esto lleva a los individuos a percibir una profunda inseguridad. Se trata de procesos que sociólogos como Ulrich Beck resumen en el concepto de “individualización”.

Esta acelerada disolución de los vínculos y entornos tradicionales - de la familia a la clase obrera, de la iglesia a la comunidad local, sin excluir a los partidos políticos- entraña posibilidades altamente ambivalentes. Si por un lado implica nuevas oportunidades para que los individuos configuren su vida según sus propios criterios, busquen y experimenten estilos de vida personales, por otro, entraña también grandes peligros, arranca a los individuos de formas de vida de gran arraigo, susceptibles de transmitir sentimientos de seguridad, amparo y “hogar” y los lanza literalmente al mercado, donde sólo cuentan la oferta y la demanda, donde no cabe contar con ayuda solidaria de ningún tipo, donde ni siquiera constituye una base fiable la cualificación profesional alcanzada porque en pocos años puede desvalorizarse y la demanda dirigirse a algo completamente distinto.

Ciertamente, estas incertidumbres del mercado no son algo nuevo. Existen desde que existe la sociedad burguesa. Pero se habían

reducido considerablemente desde la configuración, a partir de los años cincuenta, del Estado social. Lo que sucede es que ahora se precipitan con nuevos bríos sobre los individuos. Y las bonitas palabras con las que se presentan -modernización, libertad personal, individualización, flexibilización- en nada alteran el hecho de que millones de personas las viven como una amenaza.

Vistas así las cosas, podría decirse que se está acabando un período histórico, caracterizado por una combinación de fordismo y Estado social. Fordismo como amalgama de producción masiva de bienes de consumo y masiva capacidad adquisitiva de la gran mayoría de la población, pero no en la versión norteamericana de socialdarwinismo del mercado, en el que se impone el más fuerte y los más débiles se quedan en el camino, sino como Estado social, que acoge a los más débiles en una “red social” (lo que algunos han llamado el “Modell Deutschland”).

Todo esto podría aducirse como elementos explicativos de los crecientes miedos y sentimientos de amenaza, así como de los potenciales de agresión en aumento, que podemos observar. No dudo, desde luego, que con ellos puede explicarse una parte importante de lo que sucede. Pero me parece bastante evidente que las “transformaciones” que marcan la época actual son considerablemente más profundas.

Crisis ecológica y cambio de época

Si se toma en consideración el conjunto del globo terráqueo se hace visible otra dimensión, una dimensión más vasta, de la “transformación”. En principio aparece aquí también una contradicción: el capitalismo, que se hizo dominante en Europa en el siglo XIX, pasó a dominar el conjunto del planeta y a configurarlo a su imagen y semejanza a finales de dicho siglo. Pero luego vino la revolución rusa y después de 1945 la extensión del socialismo a una tercera parte de la Tierra. Este intento de conformar una alternativa al capitalismo, sin embargo, se ha ido a pique en la mayoría de países a finales de los años ochenta. De aquí derivan algunos científicos sociales y politólogos norteamericanos como Fukuyama su caracterización de nuestra época como la del “final de la historia”. El liberalismo y el capitalismo han triunfado global y definitivamente. A partir de ahora van a determinar finalmente el destino ulterior de la humanidad. Quien busque alternativas es un utópico incurable, si no cosas peores. Fukuyama no es un caso aislado. La corriente central de la ideología liberal conservadora se concentra desde 1989 en denunciar no sólo como absurda, sino directamente

Como modelo susceptible de asegurar para el conjunto de la humanidad un futuro habitable, el sistema capitalista no sólo es inservible, sino absolutamente destructivo

como totalitaria, toda idea que sugiera la posibilidad de una alternativa a la triunfante “sociedad liberal”. (J.C. Fest ha tratado de demostrarlo de manera ejemplar a propósito de la filosofía de Ernst Bloch y su concepto de la utopía.)

Frente a este diagnóstico acerca del carácter de nuestra época existe otro bien distinto, que viene a decir más o menos lo contrario. La victoria sobre el socialismo ocultaría de manera sólo provisional el hecho de que el capitalismo como sistema mundial se encuentra definitivamente ante su final. Ha dado lugar a un modelo de desarrollo que es absolutamente ruinoso para la humanidad. El consumo de recursos que implica conduciría, de extenderse al conjunto de la humanidad, a un hundimiento inmediato. La dimensión de la destrucción del medio ambiente causada por el capitalismo altamente desarrollado significaría, de generalizarse a toda la humanidad, un colapso inmediato. Y las dimensiones del hambre y la miseria, que son la otra cara de la medalla del bienestar de las metrópolis, de hecho no disminuyen sino que aumentan. Pronto el 80% de la humanidad se habrá hundido en la pobreza y la extrema necesidad. La conclusión es: como modelo susceptible de asegurar para el conjunto de la humanidad un futuro habitable, el sistema capitalista no sólo es inservible, sino absolutamente destructivo.

Las tradiciones del Humanismo y la Ilustración han perdido gran parte de su potencial de humanización, quedando insertadas en la lógica de la 'razón instrumental'

Pero el hambre y la pobreza de masas repercuten también en los países ricos: con la aparición de un problema masivo de refugiados y con el terror. (Suministramos armas para el terror, en la medida que se demanden.) También los residuos tóxicos exportados regresan a través de los circuitos ecológicos globales. La destrucción de los grandes sistemas ecológicos -piénsese en las selvas tropicales- amenaza con desencadenar una catástrofe climática que afectaría a toda la humanidad. E incluso en las aglomeraciones urbanas de los países más ricos surgen guetos de miseria en los que se acumula una poderosa carga explosiva social. Los Ángeles no va a ser, con seguridad, un caso aislado. Regiones enteras se convierten en zonas de pobreza (como se puede observar, por ejemplo, en el norte de Inglaterra). La criminalidad organizada aumenta y se convierte en todo un poder que socava economías nacionales, desafía aparatos de estado e incluso está en condiciones de ponerlos a su servicio. El capital que actúa legalmente y el que actúa de manera criminal se entremezclan. (El sociólogo de Frankfurt Hans See ha escrito recientemente un libro muy instructivo sobre este “capital criminal”).

Este tipo de diagnósticos se han difundido ampliamente entre

nosotros desde los años setenta, desde los primeros informes del Club de Roma, y son muy frecuentes, especialmente entre las jóvenes generaciones, al menos en forma de un ánimo pesimista general. De aquí se derivan sentimientos de amenaza que van mucho más allá de lo que podría explicarse fundamentalmente a partir de los datos económico-sociales. Afectan también a sectores que no tienen nada que temer desde el punto de vista socioeconómico. Por eso, la eventual mejora de la coyuntura económica no los hará desaparecer.

Ahora bien, lo deprimente es hoy, primero, que estos estados de ánimo pesimistas deberían considerarse más bien como realistas; segundo, que casi diariamente son confirmados por nuevas informaciones; y, tercero, que por parte de las fuerzas determinantes de los grandes Estados no es perceptible prácticamente nada que pudiera considerarse como una respuesta medianamente útil a los gigantescos peligros que se perfilan. (Éste es también el diagnóstico del historiador norteamericano Paul Kennedy en su último libro *Hacia el siglo XXI*.) Y esto es, en definitiva, lo que lleva a muchos, especialmente jóvenes, a albergar sentimientos de impotencia y de ira desesperada y a sentir puro y simple desprecio hacia los políticos y los partidos predominantes.

Diariamente nos llegan pruebas de esta angustiosa incapacidad. Veamos sólo dos ejemplos: con ocasión de la Conferencia de Río sobre Medio Ambiente el entonces presidente Bush declaró que Estados Unidos no pondría en vigor ciertos acuerdos porque eran perjudiciales “para la economía”. Con ello confesaba abiertamente que bajo la presión de una lucha competitiva mundial, la economía no puede permitirse los costes de determinadas medidas de protección medioambiental, que esta lucha competitiva actúa como una ley fatal a la que ha de subordinarse todo lo demás y que esta ley fatal determina también la acción del Estado. Seguramente Bush no ha leído los escritos de Marx y Engels. Pero su experiencia cotidiana como ciudadano y presidente de EE.UU. parece que ha sido maestra más que suficiente. (En los países europeos los estadistas no hablan de manera tan cruda, porque ya han aprendido cómo hay que hacerse eco de los discursos ecológicos y sociales.)

El segundo ejemplo que propongo, sin embargo, indica que aunque los estadistas se hagan eco de estos discursos, la cosa no va más allá de meras declaraciones políticas o de artículos de fondo en los suplementos culturales. Ciertamente, en las páginas de Ciencia de los grandes periódicos pueden leerse en la actualidad, de vez en

Va a finalizar la época que se inició con la moderna ciencia natural y su simbiosis con la presión productiva de la sociedad burguesa

cuando, referencias al hecho de que de extenderse el grado de motorización de Europa a los países de elevada densidad de población del Tercer Mundo, la Tierra se haría en breve plazo intransitable. Pero si pasamos las páginas de esos mismos periódicos, un poco después, en la sección de Economía -que suele aparecer casi cotidianamente-, leeremos jubilosas informaciones acerca de que, por fin, la gran China, con sus 1.200 millones de habitantes, se está abriendo a la motorización, lo que hace prever el surgimiento de un mercado gigantesco. No hace falta decir que la política real no sigue a lo que aparece en páginas científicas, sino a lo que se publica en las páginas económicas.

Imaginemos que existen seres inteligentes que observan la Tierra desde otro planeta. Sería difícil que no llegasen a la conclusión de que en la Tierra domina la sinrazón. Pero estos procesos, si atendemos a los discursos de las élites del poder, por fuerza tienen que parecernos “lo normal”. Evidentemente domina la divisa: hay que cerrar los ojos y seguir como si nada. “Los pasajeros del Titanic desean seguir en cubierta y la orquesta debe seguir tocando” (Robert Kurz). Debe seguir en vigor la lógica del aumento de la producción y de la ampliación del mercado. Sería urgentemente necesario rastrear la génesis de esta configuración mental, tan patógena como suicida. En la novela *La ratesa*, de Günter Grass, podríamos encontrar cosas muy sugerentes en este sentido:

La meta de transformación que se impone no es difícil de enunciar: una cultura de la paz social y natural

Hay algo que no cuadra
No sé lo que es, pero tal vez su sentido.
Seguro que algo, aunque no sé qué, se ha hecho mal,
aunque ignoro cuándo y cómo,
porque todo va como una seda,
aunque sea en una dirección,
que todos los indicadores señalan como mala.

Estamos en presencia de un paradigma que, evidentemente, ha arraigado profundamente. No determina sólo, y en altísimo grado, los procesos político-sociales reales, sino también el pensamiento y las percepciones tanto de los gobernantes como de amplios sectores de la población. Y este paradigma nos ha llevado finalmente a un callejón sin salida.

Ésta es, así me lo parece, la dimensión más profunda de lo que caracteriza a la actual “ruptura epocal”. ¿En qué consiste? ¿Y en qué dirección podríamos buscar, tal vez, soluciones?

Estos interrogantes no son nuevos. Desde el comienzo mismo de la modernidad fueron percibidas y analizadas -por muchos: desde los ideólogos del conservadurismo y los poetas románticos hasta los

teóricos del socialismo-, con conclusiones como es natural muy variadas, sus ambivalencias, sus riesgos y sus costes. Pero sólo a partir de los años setenta, cuando empezaron a perfilarse amenazadoramente los riesgos globales y el Club de Roma publicó sus primeros informes, han pasado a formar parte de la conciencia pública como el problema número uno de la época.

Dialéctica de la Ilustración

A partir de los siglos XV-XVI se forma en Europa una configuración altamente específica que condiciona el impresionante ascenso de este continente al predominio mundial y que ha determinado hasta hoy mismo nuestra vida y nuestro pensamiento. Simplificando mucho, está integrada por tres componentes. Surge, en primer lugar, la ciencia natural, que persigue una apropiación completa, y casi podría decirse que “implacable”, de la naturaleza por la vía del conocimiento. Surgen, en segundo lugar, el Humanismo y la Ilustración, para los que el hombre, la personalidad, se sitúa en el centro del mundo; al mismo tiempo, aspiran a configurar el Estado y la sociedad según criterios científicos, racionales. Y aparece, en tercer lugar, una nueva clase social, la burguesía urbana, que utiliza enérgicamente ambas cosas -la ciencia natural y las nuevas ideas filosóficas- en la praxis: para el despliegue del comercio y la industria y para la transformación del Estado y de la sociedad. La simbiosis de estos tres elementos demostró ser enormemente efectiva. Condujo a una *revolucionarización* permanente de las relaciones sociales y ha llevado a este modelo a una posición de predominio a escala mundial.

Las magníficas ideas de la libertad del individuo, de los derechos humanos universales y de la soberanía popular tienen su origen aquí. Pero, por otra parte, también tenemos que convenir que los enormes potenciales destructivos de la modernidad -hasta las mencionadas formas de manifestación de la sinrazón- tienen asimismo aquí su raíz. Hay que considerar más de cerca lo siguiente: el impulso científico en pos del conocimiento de la naturaleza entraña -junto con enormes potenciales de humanización- también una tendencia a convertirse en variable independiente: al culto al conocimiento en tanto que tal, pero también a la comprobación práctica, al “dominio de la naturaleza”, al culto a la factibilidad. ¿Qué científico, qué técnico, no conoce esta seducción, este sentimiento casi arrebatador, cuando algo “funciona”?

La sociedad burguesa extrae su dinamismo de la lucha competitiva entre los sujetos económicos. Esta “ley forzosa de la concurrencia”

Se requiere el máximo esfuerzo de la razón y la ciencia, pero justamente de una razón y una ciencia radicalmente modificadas, no reducidas a lo instrumental

(Marx) obliga a éstos a procurar un aumento permanente de la producción y de la eficiencia, a la expansión de los mercados y a la subordinación de todas las relaciones sociales a los imponderables de la lucha de concurrencia, sujeta a la lógica del cálculo de coste-beneficio. De esta manera, valoriza y fuerza a la ciencia moderna, pero también la conforma según sus propias necesidades. Así adquiere el “dominio de la naturaleza” un enorme impulso, incluyendo el expolio implacable de los recursos, la producción de sistemas armamentísticos de una inmensa capacidad de destrucción, el diseño de seres humanos en función de los criterios de la eficiencia, lo que va desde la higiene racial para los “capaces” y la esterilización y eliminación de los débiles hasta, en fin, la construcción artificial de nuevos hombres a través de la clonación y la manipulación genética.

Y esto es, de hecho, “totalitario”.

También en la construcción del racismo, en cuyo nombre han sido discriminadas miles de millones de personas y asesinadas millones, incidieron de manera terrible el impulso científico “libre de valores” en pro de la categorización y el interés económico por el aprovechamiento de la fuerza de trabajo y la legitimación del poder.

No podemos retroceder a pautas anteriores a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y a la imagen universalista del ser humano

Las tradiciones del Humanismo y la Ilustración han perdido en el curso de esta evolución gran parte de su potencial de humanización, quedando asimismo insertadas en la lógica de la “razón instrumental” (Adorno/Horkheimer). Sus ideas acerca del libre desarrollo de la personalidad y de la aspiración individual a la felicidad quedaron reducidas en este contexto al derecho del individuo a imponerse, al interés privado y -en caso extremo de los EEUU- al derecho que emana del revólver.

Sintetizando: lo universal, lo social y lo humano se vieron reducidos en este contexto tendencialmente a mera fraseología. En estas condiciones, se hacía imposible asegurar el futuro en lo relativo a las relaciones entre las clases y entre los Estados y entre el hombre y la naturaleza. Los resultados pueden apreciarse en la actualidad de manera universal. Pero esta forma de pensar no predomina sólo entre las élites y aquéllos que toman las decisiones; está también profundamente arraigada en la sociedad en su conjunto. Aparece en cierta manera como algo “natural” y, por supuesto, no faltan los científicos que convierten el egoísmo en fuerza natural, que naturalizan lo social.

Incluso corrientes políticas que se pensaban de oposición estaban influidas por esta visión del mundo. Así, por ejemplo, también el

movimiento obrero, también el marxismo, no sólo utilizó el concepto de “dominio de la naturaleza”, sino incluso lo proclamaba enfáticamente como objetivo a alcanzar. (La percepción de Marx de que el capitalismo, precisamente porque persigue la obtención de beneficios a corto plazo, amenaza destruir “los manantiales de los que fluye toda riqueza”, es decir, “la tierra y el trabajador”, y que el socialismo debía elaborar una alternativa en este punto, no fue tenida en cuenta con posterioridad. Esto es comprensible, ciertamente, a la vista de lo acuciante de la “cuestión social”, pero no deja de ser un déficit cargado de consecuencias negativas. Por lo demás, hasta nuestros días puede observarse que una mayor sensibilidad en cuestiones ecológicas aparece particularmente en aquellas capas para las que la “cuestión social” no es ya algo directamente apremiante.)

Ahora bien, los grandes peligros ecológicos, atómicos, químicos y genéticos sitúan hoy a la humanidad ante una situación completamente nueva, como ha demostrado muy convincente Ulrich Beck en su libro *La sociedad del riesgo*. Ello es así porque tales riesgos, en primer lugar, ya no pueden delimitarse local, temporal ni socialmente; y porque, en segundo lugar, “no son compensables”: la habitual regla de cambio “destrucción contra dinero” fracasa porque las destrucciones son irreversibles. El tan celebrado procedimiento de *trial and error*, que está en la base misma de la economía de mercado, ha de descartarse también por esta misma razón. Las diferentes catástrofes a las que se ve expuesta la humanidad son, de hecho, en gran medida previsibles si no se producen cambios de fondo. Incluso no se puede excluir que se produzca el peor de los casos, es decir, que la “era humana”, que empezó hace unos 80.000 años, encuentre su fin, que sea un episodio entre una era prehumana y otra posthumana. Esto significa que, de un modo u otro, va a finalizar la época que se inició con la moderna ciencia natural y su simbiosis con la presión productiva de la sociedad burguesa. Tal es la dimensión más profunda y cargada de consecuencias del “cambio de época” que estamos viviendo.

Un cambio cultural

La meta de la transformación que se impone no es difícil de enunciar: una cultura de la paz social y natural. Ahora bien, ¿cómo se podría avanzar en esta dirección? De seguro que no volviendo a poner en primer plano visiones del mundo de matriz claramente preburguesa, interpretaciones de la realidad irracionales y religiosas. Para hacer frente a los grandes problemas de la humanidad se

La idea del progreso debería entenderse como perfeccionamiento del hombre y de las relaciones entre los hombres y los pueblos

requiere el máximo esfuerzo de la razón y la ciencia, pero justamente de una razón y una ciencia radicalmente modificadas, no reducidas a lo instrumental. Por otra parte, de seguro que tampoco se avanzaría mucho sustituyendo la ética de la eficiencia individualista por una ética colectivista: la europea por la japonesa, la protestante por la confuciana. Y ya hay pasos en este sentido: por ejemplo, la nueva fábrica Opel de Eisenach ha provisto a sus empleados con uniformes a fin de hacer bien visible también de cara al exterior la deseada *corporate identity*.

La idea de libertad del individuo debe desligarse de su identificación con el principio de la rentabilidad privada

En esta ética colectivista del rendimiento no se preserva lo que se ha construido en Europa durante 400 años y que puede englobarse en los conceptos de individualidad y dignidad humana, algo que sí que merece la pena preservar. No podemos retroceder a pautas y modelos anteriores a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y a la imagen universalista del ser humano con la que está estrechamente relacionada.

Lo que se necesita, en cambio, es tanto una apreciación crítica de aquello con lo que contamos como, también, la incorporación de experiencias de otras culturas a fin de corregir los errores de orientación de la trayectoria propia. Examinar esto en concreto y establecer nuevos criterios y escalas de valoración sería la tarea de nuestra época. Y es una tarea de gran calado. Sobre la orientación a seguir cabría apuntar, tal vez, algunas cosas.

1. La idea del progreso debería librarse de las ataduras que la ligan a los aspectos cuantitativos de la productividad y entenderse -nuevamente- como perfeccionamiento del hombre y de las relaciones entre los hombres y los pueblos. En este aspecto habría bastante que aprender de culturas preburguesas y extraeuropeas, de Sócrates y Jesucristo hasta Lao Tse.

2. La idea de la libertad del individuo debe desligarse de su identificación con el principio de la rentabilidad privada y la afirmación de uno mismo en la lucha socialdarwinista por la existencia y en la lucha competitiva entre sujetos económicos y Estados nacionales en la que se impone el más fuerte. Desde la época del clasicismo de Weimar disponemos a este respecto de una notable tradición en nuestra propia cultura. Y el concepto de Estado social, tal como se ha venido configurando desde el siglo XIX, entraña un gran potencial, aplicable también a la relación entre los pueblos. También deberían reconsiderarse algunas tradiciones del pensamiento socialista, de Saint Simon y Robert Owen a Rosa Luxemburg, especialmente en lo que se refiere al concepto de interés general.

3. Por principio se impone renunciar a todas las concepciones acerca de la historia futura en términos de lucha entre pueblos, Estados nacionales, bloques económicos o culturas, que siguen siendo en la actualidad totalmente dominantes, en favor de una concepción de la sociedad mundial. Existen también en este aspecto anticipaciones intelectuales desde hace mucho tiempo, como es el caso, por ejemplo, del conocido tratado de Emmanuel Kant sobre la paz perpetua o del universalismo de los Derechos del Hombre. La premisa fundamental en este sentido es que las naciones y culturas no deben seguir siendo vistas como determinadas por su procedencia y su pasado, esto es, como bloques estáticos enfrentados unos a otros, sino como resultados en cada caso específicos, provisionales, de experiencias históricas, como procesos de aprendizaje, esto es, como movimiento y cambio, como entes capaces de aprender. A esto se oponen -y son obstáculos de gran entidad- el nacionalismo y el racismo, así como las ideologías del “etnopluralismo” defendidas por la Nueva Derecha, pero también un culturalismo que, por ejemplo, da por sentado un antagonismo eterno entre la cultura occidental y la cultura islámica. También nuestra visión, que sigue siendo oficialmente dominante, de la nación alemana como una comunidad basada en la descendencia debería transformarse en una concepción de la comunidad basada en la voluntad. *Volk* debería finalmente entenderse también en nuestro país como *demos* y no ya como *ethnos*.

En definitiva: ¿vivir de otra manera? ¿Hacer sacrificios por los demás y por el futuro?

Con exhortaciones al ascetismo y a la renuncia a favor de los cientos de millones que pasan hambre en el Sur no se ganará mucho. Ni siquiera entre aquéllos que tienen conciencia de las amenazas existentes ni entre aquéllos que, empleando un eufemismo, se caracterizan como “perdedores en el proceso de modernización”. Ni siquiera invocando la conservación del medio ambiente o el futuro que espera a nuestros hijos.

Porque, realmente, no se trata de renunciaciones, sino de una definición de lo que es, en el fondo, una vida con sentido, una vida decente, una vida plena. Y en este punto podríamos, ciertamente, aprender mucho de las culturas preburguesas y extraeuropeas.

Ahora bien, una nueva imagen del hombre y una nueva escala de valores requieren sobre todo la ruptura con nuestra lógica económica anterior: con la lógica del crecimiento, de la productividad, de la presión constante de la modernización y la eficiencia. Con

Una nueva imagen del hombre requiere la ruptura con la lógica del crecimiento, de la productividad, de la presión constante de la modernización y la eficiencia

ello la cultura y la formación ganarían peso específico en el contexto de una vida individual ya no marcada, como antes, por prolongadas jornadas laborales. Pero también en el contexto de la sociedad: de su diversidad cultural lo mismo que de su aptitud para resolver problemas.

Para la ciencia y el complejo educación/formación esto significa ante todo que no deberían subordinarse a los llamados “imponderables”, es decir, la concurrencia en el mercado mundial y el aumento de la eficiencia en el sentido de la competitividad económica, de producción de capital humano. Esa subordinación significa que la ciencia y la educación dejan de aportar aquello que su potencial específico permitiría.

Lo que se necesita son personas que se hagan cargo de los peligros que nos amenazan y que sean capaces de pensar más allá del statu quo, de una manera realista y a la vez con valentía para lanzar nuevas ideas. Lo que se necesita, así, es un conocimiento acerca de las causas de los grandes problemas y acerca de las consecuencias de nuestras acciones -y a la vez la “gimnasia cotidiana de la imaginación”, como ha dicho tan acertadamente Simone Weil. Ello incluye la capacidad de utopía, de anticipación, de pensar que las cosas podrían ser completamente diferentes de lo que son.

*Hacer de la
democracia una
realidad
cotidiana y
palpable. Sería
el medio y fin a
la vez, nunca
acabada y, sin
embargo,
vitalmente
necesaria*

El tan invocado ciudadano plenamente adulto sólo existirá si la política cotidiana transmite la experiencia de que algo empieza a moverse. Si se abren espacios de acción que den coraje, precisamente esos espacios que hoy por hoy presentan lo que sucede como un destino fatal. En definitiva, hacer de la democracia una realidad cotidiana y palpable. Sería el medio y fin a la vez, nunca acabada y, sin embargo, vitalmente necesaria para cada día.

Quienes nos dedicamos a enseñar deberíamos formar ciudadanos expertos, adultos, llenos de curiosidad intelectual y dispuestos a actuar. Pero antes deberíamos tener también nosotros mismos estas vivencias. Porque una cosa es clara: los inteligentes hacen inteligentes; los buenos hacen buenos; y los valientes hacen valientes. (Variaciones sobre Brecht.)